

Don Juan es, a mis ojos —más ingenuos—, una encarnación personal de la fiesta, de la orgía feliz, que niega y divinamente sortea todos los obstáculos. Como ven, acertada aclaración del «Tan largo me lo fiáis», sostén básico de la conducta donjuanesca, reivindicación del presente y su vivencia feliz, que es el olvido de sí mismo que los hombres logran con la fiesta, principalmente con la fiesta del deseo y del amor, como burla y venganza al sentido trascendente de la vida dentro de un orden concebido a partir de una culpa original y un castigo postrero.

La Piedad de doña Marta es otra argucia del disfraz —de ese enclaustramiento que la España condicionada por las castas sometió el ser del individuo al debe ser impuesto por la opinión pública— que encubre el deseo inconcebible de las hembras enrejadas. Pero como su deseo, menos ingenuo, menos puro que el de Don Juan, pacta con la realidad, se revuelve, se contradice y es resuelto, en definitiva, por un hombre amorosamente —deseantememente— activo, «Marta la Piadosa» convierte la tragedia en enredo, y el inevitable final trágico del mito donjuanesco, en final feliz de entrañable personaje femenino.

No me queda espacio aquí para comentar esta deliciosa e impresionante comedia, cuyo enredo es el laberinto no trágico del deseo. Pero sí quiero lamentar la superficialidad con que el teatro actual español escenifica el enredo de la comedia barroca, que nada tiene que ver con la vaciedad de la carpintería vodevilesca y con el teatro de «boulevard» al uso. Lope de Vega dijo que «Los casos de la honra son los mejores, porque mueven con fuerza a toda gente». Y en «Marta la Piadosa», el deseo juguetea con la honra. Y convierte el enredo en juego con lo que más nos duele. Un jugar a fondo que pondría los pelos de punta al apa-

cible espectador de nuestro teatro actual.

La edición de Antonio Prieto me trae a la mente la urgencia de una revisión editorial y colectiva de los clásicos capaz de situar al lector a la altura de los textos y de nuestras circunstancias presentes, proyecto que traería de cabeza a los censores y devolvería al público la presencia de unos autores que están enterrados vivos en sus tumbas. No ocurre así con la edición de Prieto, propia de un especialista en filología romántica, que explica muy bien cómo el Barroco fue el desengaño con que nuestra Historia corrigió la utopía renacentista e hizo posible lo mejor de la literatura española. Pero no rescata los textos, y, por eso, la calidad de sus notas hace deliciosa su lectura sólo a los iniciados. ■ JOSE CARLOS AREVALO.

CINE

«Pisito de solteras»

Alrededor del cine español (que existe, a pesar de lo que algunos pretendan; para bien o para mal existe un cine español) pueden plantearse numerosas cuestiones. Cada película puede, si se quiere, ser un mundo. Y además de las cuestiones generales de la censura, de los medios de producción, de la imposibilidad de venta al exterior, etcétera, surgen, con cada película, planteamientos nuevos, que quizá aclaren aún nuevas dificultades.

Se ha estrenado, con bastante retraso, «Pisito de solteras», de Fernando Merino, basada en la obra teatral homónima de Jaime de Armiñán. La película en cuestión no saltaría a esta sección (como no lo hacen la mayoría de las españolas que se estre-

nan) si no tuviera un curioso planteamiento. Se trata de hacer una película con Alfredo Landa, pero no de Alfredo Landa, es decir, utilizar el renombre popular de este actor para realizar una película que, si bien no contradice totalmente los planteamientos ético-sociológicos de la generalidad de las películas de esta figura, si lo haga con una dignidad diferente; en este caso se procurará que Landa no aparezca inevitablemente en calzoncillos intentando lanzarse desesperadamente a un lecho con mujer incluida, ni que sus apatencias sexuales vengan descritas burdamente, sin reflexionar con ellas algo sobre lo que nos ocurre a los españoles educados en la represión de los instintos. Con «Pisito de solteras» creo que se trataba de realizar una comedia simple y llana, quizá con la sobriedad de «Mi querida señorita» (aunque esta referencia no indique parentesco alguno entre ambas películas ni en cuanto a su temática ni resultados).

Sin embargo, el trabajo de Fernando Merino no ha alcanzado estas metas. Y no es muy difícil imaginar que se debe a varias razones: la primera de ellas, la de un guión no profundizado mínimamente, sino sometido exclusivamente al logro de determinadas secuencias (guión que, por otra parte, no hace olvidar su origen teatral, sin que esto tampoco indique un necesario respeto al texto de Armiñán). En segundo lugar, una ausencia de medios suficientes para llevar a cabo no ya una película digna, sino simplemente una película: tiempo, dinero y paciencia. La tercera, derivada quizá de las otras dos, es la falta de entusiasmo —por no decir de credibilidad— de los actores (y hasta del propio Fernando Merino, al que no hay que confundir con el responsable de «Juegos de sociedad», José Luis Merino, sino recordar como autor, entre otras, de «Lola, espejo oscuro»). Estos actores han simplificado enormemente su trabajo, y aunque

puedan destacarse las buenas intenciones de Mari Carmen Prendes o Tina Sainz (desperdiciadas actrices, por otra parte), en la generalidad de ellos se tiende a una simple exhibición de muecas gesticuladas que no parten nunca de un análisis serio de su personaje.

Hecha la película a salto de mata, el resultado no puede ser ni un espectáculo a gusto de los consumidores de vecinos del quinto (ya que no se trataba de eso) ni otro que pueda interesar a un público diferente. Posiblemente porque los productores creen que con cuatro gansadas el público puede sentirse satisfecho; porque, a su juicio, el cine no hay que cuidarlo, sino dejarlo ir simplemente para conseguir, en la menor cantidad de tiempo posible, el mejor dinero que se pueda. Quizá todos ellos tienen como ejemplo «No desearás el vecino del quinto», en cuanto es una película barata, no cuidada en absoluto, llena de chistes fáciles y, como compensación, con la mayor recaudación de taquilla habida hasta el momento en el cine español. Pero lo que estos productores parecen ignorar es que inmediatamente seguida en las listas de recaudación aparece «Adiós, cigüeña, adiós», que es una película totalmente diferente a la anterior, y que poco después aparecen «Mi querida señorita» y «La prima Angélica», que son a su vez películas diferentes de las anteriores y también distintas entre sí.

El cine español no es ni tiene por qué ser exclusivamente el cine de un género. Y es tan viable una película con Landa como una película de Landa. Lo único necesario es creer en ello y dejar que los profesionales que se encargan de su realización tengan a su alcance los mínimos medios necesarios para conseguirlo. Es posible que de esta forma, el director y los actores de «Pisito de solteras» se hubiesen interesado más por su trabajo y no se hubieran dejado llevar por esa



FERNANDO TORRES EDITOR

SERIE PLURAL

Nuevo formato para una nueva serie.

Documentos y testimonios de nuestro panorama cultural.

• VENTURAS Y DESVENTURAS DE LA PRIMA ANGELICA
Diego Galán

• MESA REVUELTA
Juan Gil-Albert

SERIE 13x18

• CHARLIE CHAPLIN
André Bazin y Eric Rohmer
Prólogo de François Truffaut

DE PROXIMA APARICION EN TODAS LAS LIBRERIAS

Distribuidores:

VISOR LIBROS
Isaac Peral, 18
Madrid-15

LES PUNXES
Pou Dolç, 6
Barcelona-2



**REGALO
DE LA «OPERACION PLUS ULTRA»
A PABLO VI**

Durante la audiencia que el Santo Padre concedió a los niños de la «Operación Plus Ultra», el día 4, los pequeños héroes ofrecieron a Su Santidad un cuadro original del pintor Viola, que pasará a formar parte de la colección de pintura moderna del Museo Vaticano.

**CREACION DE LA SOCIEDAD
THOMSON ESPAÑOLA, S. A.**

El grupo francés Thomson Brandt y la General Eléctrica Española, S. A., han decidido participar en una nueva entidad denominada Thomson Española, S. A.

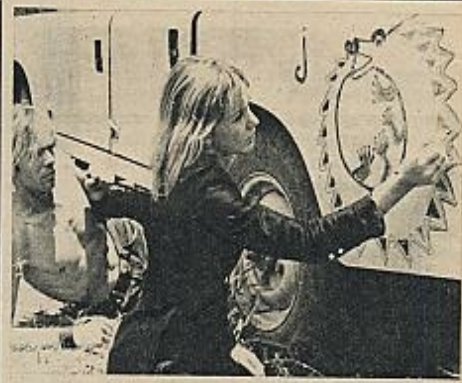
La actividad más importante de la nueva compañía, en la que General Eléctrica Española tendrá una participación minoritaria, será la fabricación y distribución de televisores en blanco y negro y color.

Los productos de la Sociedad Thomson Española, S. A., serán comercializados en el mercado español bajo la marca "Thomson General Eléctrica Española".

Dentro de los planes establecidos para desarrollar las actividades de la nueva Sociedad, se incluye la construcción de una factoría especializada en la fabricación de televisores en color, con destino al mercado nacional y a los de la exportación.

El grupo Thomson Brandt es el más importante de Francia en electrónica profesional y de gran público, así como en el campo de los electrodomésticos, siendo considerado como uno de los primeros especialistas europeos en televisión en color.

Por su parte, General Eléctrica Española es bien conocida como el principal fabricante de equipos eléctricos en España, con actividades orientadas a la generación y distribución de la energía eléctrica, mercados industrial y de comunicaciones y equipos electromédicos.



«La vallée», de Barbet Schroeder (1971).

paranoia absurda y mentirosa de acabar pronto y con poco dinero, «porque el público, en definitiva, no se entera de nada» ■ D. G.

**Dulces
exploradores**

No se le puede negar a Barbet Schroeder (1) una clara fascinación por lo exótico, un gusto por situar sus guiones en escenarios alejados del territorio francés. Si se vino hasta Ibiza para rodar la historia de una pareja destruida por la droga («More», 1969, la película que le daría fama en todo el mundo, excepto en España, donde está prohibida), dos años más tarde alargaría considerablemente el viaje, hasta Nueva Guinea, con el fin de realizar «La vallée», y en 1973 recalaría en Uganda para filmar un documental sobre el general Idi Amin Dada, que —conservando en su título el nombre del dictador africano— se exhibe actualmente con éxito en París y Londres. Ante el enunciado de tan largo kilometraje, cabría pensar que nos hallamos o bien ante un nuevo Flaherty o bien cara a un hombre preocupado vivamente por cuestiones esenciales de su tiempo que, con vocación periodística, trata de plantear y esclarecer. Sin embargo, yo más bien diría —limitando por ahora el juicio a sus dos primeros largometrajes— que Schroeder reencarna la figura del «turista ilustrado», que, simplemente cambiando la cámara por la pluma, tan recia rai-gambre posee dentro de la cultura gala. Turismo no ya sólo referido a los lugares que visita, sino a la propia configuración humana de los personajes que en ellos sitúa, tan observados desde el exterior como la geografía que recorre.

(1) Habitual productor de las películas de Eric Rohmer y de Jean-Daniel Pollet a través de su firma, Les Films du Losange, que fundara en 1964. Cuenta en la actualidad treinta y tres años.

«La vallée», ahora estrenada entre nosotros, con mutilaciones evidentes que hacen protestar al público durante la proyección, me parece un perfecto ejemplo de ello. Película que se presta a todo tipo de valoraciones metafísicas y espiritualismos, sus apasionados exegetas considerarán una herejía mi criterio. Pero es que creo bastante insoportable esta búsqueda del Paraíso Perdido emprendida por un grupo de tiernos exploradores, bastante infantil la historia de la burguesita-esposa-diplomático-que-busca-objetos-raros-para-una-«boutique»-parisina transformada por el encuentro con el grupo «hippies» y la comunión con la Naturaleza, bastante «voyeurista» la observación de unos papúes siempre entregados a sus fiestas y ceremonias. Detrás del «viaje exterior e interior» que «La vallée» nos propone, no hay más que la pervivencia de un pensamiento idealista, el mantenimiento de unos esquemas éticos conservadores, la creencia de hallarse situado en el ombligo del mundo, desde el que lanzar verdades contingentes y eternas.

Como si Schroeder reconociese las fallas de su aventura intelectual, da marcha atrás cerca del término del film y, a través de un artificioso diálogo entre Olivier (Michaël Gothard) y Viviane (Bulle Ogier), nos ofrece lo que él piensa es la otra cara de la situación: no hay que mifificar al «salvaje», porque sus normas de vida son aun más estrictas y opresivas que las de

los «civilizados». Entramos, pues, desde ese momento en los «discretos encantos de la ambigüedad» —tan querida por los «cahieristas», grupo al que el cineasta perteneció al comienzo de su polifacética carrera—, en que todo pueda tener dos y mil caras indistintamente, en la ausencia de compromiso que caracteriza a quienes no desean tomar partido sobre nada concreto. Ni siquiera sabremos si los expedicionarios alcanzan realmente el valle o si se trata de una visión onírica o del pre-nuncio de la muerte. Ya sé que el objetivo esencial de la película no estriba en que el espectador —ni los personajes— contemple la existencia o inexistencia del Paraíso, su accesibilidad o inaccesibilidad, pero tal indefinición da en este caso indicio de la manera en que Schroeder ha jugado sus cartas. Frente a la experiencia, ésa sí, transformadora que supone la aventura en un Huston, ya sea coronada por el éxito o el fracaso; frente a la violencia de una Naturaleza hostil para quien ose adentrarse en ella por deporte sin estar familiarizado con sus elementos, que Boorman mostraba en «Deliverance», Schroeder sólo expone una blanda y dubitativa consideración en torno a algunos mitos de nuestros días: el regreso a lo primitivo, la huida de una civilización asfixiante, la utopía del Edén, la necesidad de un proceso iniciático para alcanzar ciertas realidades...

Consideración que se hace aún más atacante